

tan dulce y misericordioso, sino a través de su Madre santísima, que es también nuestra Madre.

3.º Porque nos atrae el amor y los servicios especialísimos de María

a) *Nos atrae el amor de María.* «La Santísima Virgen, que es Madre de dulzura y de misericordia y que jamás se deja vencer en amor y liberalidad, viendo que alguien se da del todo a ella para honrarla y servirla, despojándose de cuanto tiene de más querido para adornarla a ella, se da también totalmente y de una manera inefable a aquel que se le entrega todo. Ella le hace sumergirse en el abismo de sus gracias; ella lo adorna con sus méritos; ella lo apoya con su poder; ella lo esclarece con su luz; ella lo abraza con su amor; ella le comunica sus virtudes: su humildad, su fe, su pureza, etc.; ella se hace su fiadora, su suplemento y su querido todo para con Jesús. Por último, como esta persona consagrada pertenece toda María, María también pertenece toda a ella, de modo que de este perfecto siervo e hijo de María podemos decir lo que San Juan Evangelista dijo de sí: que tomó a la Santísima Virgen por todos sus bienes: *Accepit eam discipulus in sua* (Jn. 19, 27).

Esto es lo que produce en su alma, si él es fiel: una gran desconfianza, desprecio y aborrecimiento de sí mismo y una gran confianza y entrega en manos de la Santísima Virgen, su bondadosa Señora, y hace que ya no se apoye, como antes, en sus disposiciones, intenciones, méritos,

virtudes y buenas obras, porque, habiendo hecho de todo esto un entero sacrificio a Jesucristo por medio de esta buena Madre, no le resta más que un tesoro en donde están todos sus bienes, el cual ya no lo tiene en sí, y este tesoro es María.»

b) María purifica nuestras buenas obras, las embellece y las hace aceptas a su Hijo. Como quiera que mediante esta práctica damos al Señor, por las manos de su santísima Madre, todas nuestras buenas obras, esta buena Señora las purifica, las embellece y hace que su hijo las acepte.

1) *Ella las purifica* de toda inmundicia del amor propio y del apego imperceptible a la criatura que se deslizan insensiblemente en las mejores acciones. Desde que estas nuestras obras las ponemos en sus manos purísimas y fecundas, estas mismas manos, que nunca han sido estériles ni ociosas y que todo lo que tocan lo purifican, quitan del obsequio que le hacemos todo lo que en él puede haber de dañado e imperfecto.

2) *Ella las embellece*, adornándolas con sus méritos y virtudes. Es como si, queriendo un labrador ganar la amistad y la benevolencia del rey, acudiera a la reina y le presentase una manzana, que es todo lo que él posee, para que ella le ofreciera al rey. La reina, después de aceptar este humilde regalito del labrador, colocaría esta manzana en medio de un grande y hermoso plato de oro y de esta forma la presentaría al rey en nombre del labrador, y así esta manzana, aunque indigna por sí misma de ser ofrecida al rey, se convertiría en un regalo digno de su majestad en

atención al plato de oro en que iba y a la persona que la entregaba.

3) *Ella presenta a Jesucristo estas buenas obras* porque, definitivamente, no guarda para sí nada de lo que se le presenta, sino que lo envía todo a Jesucristo con fidelidad. Si algo le damos, lo damos a Jesús; si la alabamos, si la glorificamos, inmediatamente ella alaba y glorifica a Jesucristo. Ahora, lo mismo que en otro tiempo, cuando Santa Isabel la alabó, canta cuando se la alaba y bendice: *Magnificat anima mea Dominum* (Lc. 1, 46).

Ella procura que Jesús acepte estas buenas obras, por pequeño y pobre que sea el obsequio para este Santo de los santos y este Rey de reyes... El no atiende tanto a lo que le damos como a la cariñosa Madre que se lo presenta; no considera tanto de dónde viene este presente como a aquella por la cual le viene. Así, pues, María, que jamás ha sido rechazada y siempre ha sido bien recibida por su Hijo, hace que su Majestad acepte con agrado todo cuanto ella le presente, ya sea cosa pequeña o grande: basta que María la presente para que Jesús la reciba y la apruebe. Este es el gran consejo que San Bernardo daba a todos aquellos y aquellas que conducía a la perfección: «Cuando queráis ofrecer algo a Dios, procurad ofrecerlo por las manos agradabilísimas y dignísimas de María si no queréis ser rechazados».

4.º Porque es un medio excelente para procurar la mayor gloria de Dios

«Esta devoción, practicada con fidelidad, es medio excelente para obrar de manera que el valor de todas nuestras buenas obras sea empleado en la mayor gloria de Dios. Casi nadie obra por este fin tan noble a pesar de que a ello estamos obligados, bien porque no sabemos dónde está la mayor gloria de Dios, bien porque no la deseamos. Pero como la Santísima Virgen, a quien cedemos el valor y el mérito de nuestras buenas obras, conoce perfectísimamente dónde está la mayor gloria de Dios y no hace otra cosa más que procurarla, el perfecto siervo de esta Señora, que totalmente se ha consagrado a ella, según ya hemos dicho, puede decir sin temor que el valor de todas sus acciones, pensamientos y palabras se emplean en la mayor gloria de Dios, a menos que revoque expresamente su ofrenda. ¿Se puede hallar algo más consolador para un alma que ama a Dios con amor puro y desinteresado y que antepone la gloria e intereses del Señor a los suyos propios?»

5.º Porque conduce a la perfecta unión con Cristo

En efecto: la perfecta consagración a María es el camino más *fácil*, más *corto*, más *perfecto* y más *seguro* para llegar a la íntima unión con Jesucristo:

a) *Camino más fácil*, porque «es el camino que Jesucristo ha abierto viniendo a nosotros y

en el que no hay obstáculo alguno para llegar a El». La unción del Espíritu Santo lo hace fácil y ligero, a pesar de las cruces y tribulaciones, que son inevitables en esta pobre vida.

b) *Camino más corto*, «ya porque en él no se extravía nadie, ya porque por él se anda con más alegría y facilidad y, por consiguiente, con más prontitud... En el seno de María es donde los jovencitos se convierten en ancianos por la luz, por la santidad, por la experiencia y por la sabiduría, y llega en pocos años a la plenitud de la edad de Jesucristo».

c) *Camino más perfecto*, porque María «es la más santa y la más perfecta de las puras criaturas, y Jesucristo, que ha venido de la manera más perfecta a nosotros, no ha tomado otro camino en tan grande y admirable viaje».

d) *Camino más seguro*, «porque el oficio de María es conducirnos con toda seguridad a su Hijo, así como el de Jesucristo es llevarnos con seguridad a su Eterno Padre». La dulce Madre de Jesús repite siempre a sus verdaderos devotos las palabras que pronunció en las bodas de Caná, enseñándonos a todos el camino que conduce a la perfección: *Haced todo lo que El os diga* (Jn. 2, 5).

Por eso, «una de las razones por que tan pocas almas llegan a la plenitud de la edad de Jesucristo es porque María, que ahora, como siempre, es la Madre de Jesucristo y la Esposa fecunda del Espíritu Santo, no está bastante formada en sus corazones. Quien desee tener el fruto maduro y bien formado debe tener el árbol que lo produce; quien desee tener el fruto de la vida, Jesu-

cristo, debe tener el árbol de la vida, que es María: Quien desee tener en sí la operación del Espíritu Santo, debe tener a su Esposa fiel e indisoluble, la divina María, que le da fertilidad y fecundidad».

6.^a Porque nos da una gran libertad de espíritu

«Esta devoción da a los que la practican fielmente una gran libertad interior, que es la libertad de los hijos de Dios (cf. Roma. 8, 21). Porque, como quiera que por esta devoción nos hacemos esclavos de Jesucristo, consagrándoselo todo a El en calidad de tales, este generoso Dueño, en recompensa de la cautividad amorosa a que nos sometemos:

1.º Quita de nuestra alma todo escrúpulo o temor servil, que sólo es capaz de estrecharla, cautivarla y embrollarla.

2.º Ensancha nuestro corazón por medio de una segunda confianza en Dios, haciéndole que lo mire como a su Padre.

3.º Nos inspira un amor tierno y filial».

Por donde se ve que la *esclavitud* de amor propugnada por San Luis María coincide sustancialmente —como no podía menos de ser así— con la más tierna y entrañable *piedad filial*. Son dos aspectos de una misma e idéntica realidad, que se completan y perfeccionan mutuamente.

7.º Porque procura grandes bienes al prójimo

«Hay otra razón que nos debe inducir a abrazar esta práctica, y son los grandes bienes que de

ella conseguirá nuestro prójimo. Por ella, en efecto, se ejerce para con él la caridad de una manera eminente, pues se le da, por el intermedio de las manos de María, todo lo que se tiene de más caro, que es el valor satisfactorio e impetratorio de todas las buenas obras, sin exceptuar el menor pensamiento bueno y el menor sufrimiento; consiéntese en que todas las satisfacciones que se han adquirido y las que hasta la muerte se adquirirán se empleen, según la voluntad de la Santísima Virgen, o en la conversión de los pecadores, o en librar a las almas del purgatorio.

Y ¿no es esto, acaso, amor al prójimo con la mayor perfección posible? ¿No es esto ser verdaderamente discípulo de Jesucristo, al cual se le reconoce por la caridad? ¿No es éste el medio de convertir a los pecadores sin temor de envanecerse, y de librar a las almas del purgatorio casi sin hacer, podemos decir, otra cosa que lo que cada uno está obligado a hacer según su estado?

Para comprender la excelencia de este motivo será preciso conocer cuán gran bien supone el convertir a un pecador o librar a un alma del purgatorio: bien infinito, mayor que el crear el cielo y la tierra, pues se da a un alma la posesión de Dios. Aun cuando, por esta práctica, en toda nuestra vida sólo sacáramos un alma del purgatorio, o sólo consiguiéramos la conversión de un pecador, ¿acaso no sería esto bastante para inducir a todo hombre verdaderamente caritativo a abrazarla?

Pero debemos reparar en que nuestras buenas obras, al pasar por las manos de María, reciben

un aumento de pureza, y, por consiguiente, de mérito y de valor satisfactorio e impetratorio, por lo cual se hacen mucho más capaces de aliviar a las almas del purgatorio y convertir a los pecadores que si no pasaran por estas manos virginales y liberales de María. Lo poquito que se da por medio de la Santísima Virgen, sin propia voluntad y por caridad muy desinteresada, se convierte realmente en un bien todopoderoso para aplacar la cólera de Dios y atraer su misericordia, y quizás a la hora de la muerte se verá que una persona muy fiel a esta práctica habrá, por este medio, librado a muchas almas del purgatorio y convertido a muchos pecadores, a pesar de que no haya hecho más que cosas bastante ordinarias de por sí. ¡Qué alegría para esta alma en el juicio! ¡Qué gloria en la eternidad!»

8. ° Porque es un medio admirable de perseverancia

«Por último, lo que nos induce más poderosamente, en cierto modo, a esta devoción de la Santísima Virgen es el ser un medio admirable para perseverar en la virtud y ser fiel. Porque ¿cuál es la causa de que no sean duraderas la mayor parte de las conversiones de pecadores? ¿De dónde proviene el que la mayor parte de los justos, en vez de adelantar de virtud en virtud y de adquirir nuevas gracias, pierdan frecuentemente las pocas virtudes y gracias que poseen? Esta desgracia procede, según arriba he demostrado, de que, estando el hombre tan corrompido, siendo tan débil e inconstante, se fía de sí mismo, se apoya en

sus propias fuerzas y se cree capaz de guardar el tesoro de sus gracias, de sus virtudes y de sus méritos.

Por esta devoción se confía a la Santísima Virgen, que es fiel, todo lo que se posee, se la toma por depositaria universal de todos los bienes de naturaleza y de gracia. Entonces fiamos en su fidelidad, nos apoyamos en su poder y nos fundamos en su misericordia y caridad, a fin de que Ella conserve y aumente nuestras virtudes y méritos, pese al diablo, al mundo y a la carne, que hacen grandes esfuerzos para quitárnoslos. Le decimos, como el buen hijo a su madre y el servidor a su señora: «*Depositum custodi*» (1 Tim. 6, 20). Madre y Señora mía amabilísima, reconozco que hasta ahora he recibido a Dios, por vuestra intercesión, más gracias que merezco, y que la triste experiencia me enseña que llevo este tesoro en un vaso muy frágil y que yo soy muy débil y muy miserable para conservarlo en mí mismo: concededme la gracia de recibir en depósito todo lo que yo poseo y conservádmelo por vuestra fidelidad y vuestro poder. Si vos me guardáis, nada perderé; si vos me sostenéis, no caeré; si vos me protegéis, estaré a salvo de mis enemigos.»

Al terminar la magnífica exposición de los motivos que deben impulsarnos a abrazar esta práctica de la perfecta consagración a María, escribe San Luis las siguientes palabras, que no han perdido ni perderán nunca su palpitante actualidad¹⁸

18. Cf. *Ver. dev.*, n. 180, p. 540.

«Si algún crítico que esto lea cree que hablo aquí con exageración, es que no me entiende, ya porque es hombre carnal, que no gusta para nada de las cosas del espíritu, ya porque es del mundo, el cual no puede recibir el Espíritu Santo, o ya también porque es orgulloso y crítico, que condena o desprecia todo lo que no entiende. Pero las almas que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios y de María, me comprenden y me gustan, y para ellas es para quienes escribo esto.»

6.° Frutos de la perfecta consagración a María

Se comprende fácilmente, después de todo lo que acabamos de decir, que la perfecta consagración a María, en calidad de *esclavo* o de *hijo*, ha de producir maravillosos frutos de santificación. San Luis María señala los siguientes, que son, sin duda alguna, los principales:¹⁹

1.° Perfecto conocimiento y desprecio de sí mismo (profunda humildad).

2.° Gracia del puro amor, que excluye todo temor servil.

3.° Confianza grandísima en Dios y en María.

4.° Comunicación íntima del alma y del espíritu de María.

5.° Transformación mística del alma en María a imagen de Cristo Jesús.

19. Cif. *ibid.*, n. 213-25, pp. 556-63; *El secreto de María*, n. 53-57, pp. 288-89.

6.° La mayor gloria que podemos tributar a Jesucristo.

Es preciso leer íntegramente el texto insustituible del santo. Quien lo lea y medite con un corazón sincero y dócil, no podrá menos de entusiasmarse ante tanta grandeza y tomará la determinación de lanzarse sin vacilar por ese camino, que le conducirá, si permanece fiel a él, hasta las cumbres más altas de la perfecta unión con Dios.

CAPÍTULO V

LA DEVOCION A MARIA, LA PREDESTINACION Y LA PERSEVERANCIA FINAL

Vamos a abordar en este capítulo uno de los temas más sugestivos y consoladores en torno al gran problema de nuestra salvación eterna: la verdadera devoción a María es una de las señales más claras e inequívocas de pertenecer al número de los predestinados y uno de los medios más eficaces para obtener de Dios el gran don de la perseverancia final, conectada infaliblemente con la salvación eterna.

Para proceder con claridad y precisión teológica, dividiremos el capítulo en los siguientes puntos:

1. La divina predestinación.
2. La perseverancia final.
3. La devoción a María, señal de predestinación.
4. La devoción a María y la perseverancia final.

1. La divina predestinación

Nos apresuramos a decir que no vamos a entrar aquí en las disputas seculares que dividen en este punto a las grandes escuelas teológicas.¹

1. El lector que desee una amplia información sobre el problema de la predestinación en sus diferentes aspectos, puede consultar nuestro libro *Dios y su obra*: BAC (Madrid, 1963), n. 185-237.

Es preciso confesar que el problema de la divina predestinación no ha logrado aclararlo del todo ninguna escuela teológica hasta hoy, y creemos firmemente que no se aclarará jamás acá en la tierra. El enigma indescifrable de la concordia entre la gracia eficaz y la libertad creada, entre la soberana independencia e iniciativa divina y la cooperación voluntaria del hombre, solamente aparece radiante de luz y claridad ante los ojos de los bienaventurados en la visión beatífica. Los que vivimos todavía acá en la tierra tenemos que contentarnos con adorar el misterio sin tratar de descifrarlo, lo que sería vano empeño y loca temeridad.

Pero, sea cual fuera el enfoque que se le dé al formidable problema o la escuela teológica a que se pertenezca, todos los teólogos católicos están completamente de acuerdo en los siguientes puntos, que pertenecen expresamente a la fe católica o son doctrina cierta y común en teología, y son más que suficientes para que cada uno trabaje con seriedad en la salvación de su alma, sin preocuparse demasiado de cómo haya de resolverse el problema de la predestinación:

1.º Dios quiere sinceramente que todos los hombres se salven. Consta expresamente en la Sagrada Escritura (1 Tim. 2, 3-4).

2.º. En su consecuencia, Cristo murió por todos los hombres sin excepción. Consta también en la Sagrada Escritura (2 Cor. 5, 15) y ha sido expresamente definido por la Iglesia (D 1096).

3.º En virtud de su voluntad salvífica y en atención a los méritos de Cristo Redentor, Dios

ofrece siempre a todos los hombres las gracias necesarias y suficientes para que de hecho puedan salvarse si quieren (cf. D 827).

4.º «Que algunos hayan sido predestinados al mal por el divino poder, no sólo no lo creemos, sino que, si hubiere algunos que quieran creer tanta maldad, con toda repulsión les anatematizamos» (D 200).

5.º «Que algunos se salven, es don del que salva; pero que algunos se pierdan, es merecimiento de los que se pierden» (D 318).

6.º «Ni los malos se perdieron porque no pudieron ser buenos, sino *porque no quisieron ser buenos* y por su culpa permanecieron en la masa de condenación» (D 321).

7.º «Porque Dios no manda cosas imposibles a nadie, sino que, al mandar alguna cosa, nos avisa que hagamos lo que podamos y pidamos lo que no podamos y nos ayuda para que podamos» (D 804).

¿Qué más se puede pedir sabiendo con certeza infalible todo esto? ¿Ver las cosas del todo claras? Esto está reservado para el día de las supremas revelaciones. Mientras tanto, *con temor y temblor trabajad por vuestra salud* (Flp. 2, 12), sabiendo que, sea cualfuere la solución del problema de la divina predestinación, la salvación eterna está al alcance de cada uno, y por parte de Dios no quedará.

2. La perseverancia final

La perseverancia final es un gran don de Dios, que hace coincidir el estado de gracia con el ins-

tante mismo de la muerte. Significa sencillamente *morir en gracia de Dios*. Forma parte de la divina predestinación, como acto *elícito* en la misma.² Por lo mismo, todos los predestinados recibirán de Dios, infaliblemente, el gran don de la perseverancia final, puesto que una cosa supone y lleva consigo necesariamente la otra.

En torno a este gran don hay que tener en cuenta las siguientes conclusiones, que hemos expuesto ampliamente en otra de nuestras obras publicadas en esta misma colección de la BAC:³

1.^a Ningún justo, por muy perfecto que sea, puede perseverar largo tiempo en el estado de gracia sin un auxilio *especial* de Dios. Lo ha declarado la Iglesia repetidas veces.⁴

2.^a La perseverancia final en la gracia es un gran don de Dios enteramente gratuito, que, por lo mismo, nadie puede merecer. Se desprende claramente de la Sagrada Escritura,⁵ del magisterio de la Iglesia (D 826) y se prueba muy bien por razones teológicas enteramente convincentes.⁶

3.^a Nadie puede saber con absoluta e infalible certeza, a no ser por revelación especial de Dios, si recibirá o no el gran don de la perseverancia final. Es de fe, expresamente definida por el concilio de Trento (cf. D 826).

2. Cf. *Dios y su obra*, n. 211 ss., donde explicamos este punto.

3. Cf. *Teología de la salvación*: BAC 3.^a ed. (Madrid, 1965), n. 98-103.

4. Cf. D. 132.183.832.

5. Cf. Rom, 8, 28-30; 9, 15-16; Ef. 1, 4-6; 2, 8-9; 2 Tim 1, 9, etc.

6. Cf. I-II 109, 10; 114, 9; II-II 137, 4.

4.^a Sin embargo, podemos conjeturar en cierto modo nuestra perseverancia final a base de las llamadas *señales de predestinación*, una de las cuales —como veremos— es la verdadera y auténtica devoción a María.

5.^a Con la oración, revestida de las debidas condiciones, puede obtenerse infaliblemente de Dios el gran don de la perseverancia final.

Dada la gran importancia de esta última conclusión en orden al problema que planteamos en este capítulo, vamos a explicar su verdadero sentido y alcance examinándola palabra por palabra:

Con la oración, de petición o súplica.

Revestida de las debidas condiciones. Las esenciales son cuatro:⁷

a) *Que se pida algo para sí mismo* (el prójimo puede oponer el obstáculo voluntario de su resistencia a la recepción de la gracia pedida para él; mientras que el que la pide para sí mismo, la acepta y desea por el mero hecho de pedirla).

b) *Que se trate de cosas necesarias o convenientes para la salvación eterna*. Se comprende fácilmente sin necesidad de explicación.

c) *Que se pida piadosamente*, es decir, con fe, confianza, humildad, etc.

d) *Con perseverancia*, o sea, insistentemente hasta conseguirlo.

Cuando se juntan estas cuatro condiciones, se obtiene siempre, *infaliblemente*, lo que se pide,

7. Cf. II-II 83, 15 ad 2.

en virtud de la promesa de Cristo, que consta claramente en el Evangelio.⁸

Puede obtenerse. No decimos *merecerse*, sino obtenerse, conseguirse. No por vía de *justicia*, sino de pura *liberalidad y misericordia*. No se trata de exigir un jornal merecido con nuestro trabajo, sino de pedir una limosna enteramente gratuita.

Infaliblemente: por la promesa de Cristo, que se ha comprometido a ello y es imposible que deje de cumplir su palabra.

El gran don: continúa siéndolo, aunque se obtenga *infaliblemente*, puesto que no se obtiene por vía de mérito o de justicia, sino por vía de *impetración* o de limosna gratuita.

De la perseverancia final, o sea de la muerte en gracia de Dios, conectada infaliblemente con la salvación eterna.

Sacaremos gran partido de esta doctrina al exponer las relaciones íntimas entre la devoción a María y la perseverancia final. Pero antes vamos a exponer de qué manera la devoción a María es una gran señal de predestinación.

3. La devoción a María, gran señal de predestinación

La verdadera devoción a la Virgen constituye una de las mayores señales de predestinación que, pueden encontrarse en una determinada persona, así como el sentir poco atractivo, y sobre todo

8. Cf. Mt. 7, 7-8; 21, 22; Jn. 14, 13-14; 15, 7; 15, 16; 16, 23-24; 1 Jn. 3, 14-15, etc.

tratar de rebajar la importancia de esta devoción constituye uno de los más terribles síntomas de eterna reprobación.

Es muy fácil demostrar teológicamente estas graves afirmaciones. Basta para ello recordar ciertos principios inconcusos, que hemos expuesto largamente en sus lugares correspondientes. Los principales son éstos:

1.º Dios ha dispuesto que *todas las gracias* que han de concederse a los hombres pasen por María, como Mediadora y Dispensadora universal de todas ellas. Por lo mismo, el verdadero devoto de María *entra en el plan salvífico de Dios*, que lo ha dispuesto libremente así. Y, por el contrario, el que se aparta *voluntariamente* de María, se aparta, por lo mismo, del plan divino de salvación. El primero lleva consigo, por consiguiente, una *gran señal* de que pertenece al número de los predestinados a la gloria; el segundo, en cambio, lleva consigo —por su voluntaria resistencia a entrar en los planes de Dios— un espantoso signo de eterna reprobación.

2. Como vimos en su lugar correspondiente, la devoción a María es *necesaria* para la salvación de todos los que conocen la existencia de María y saben que es obligatoria la devoción a Ella. Ahora bien, el verdadero devoto de María cumple esta obligación y muestra, por lo mismo, *que está en camino de salvación*, a la que llegará infaliblemente si no abandona esta devoción salvadora. Por el contrario, «quien, agitado por las borrascas de este mundo, rehúsa asirse a la mano auxiliadora de María, pone en peligro su

salvación», como dice expresamente Juan XXIII.⁹

Estos son los argumentos fundamentales que ha invocado siempre la tradición cristiana y el magisterio de la Iglesia a través de los papas y de la liturgia. Veamos algunos testimonios de esta doble fuente.

a) *La tradición cristina*. La prueba sacada de la tradición cristiana es sencillamente abrumadora. Se cuentan por millares los textos de los Santos Padres, teólogos y expositores sagrados. Citamos tan sólo unos pocos por vía de ejemplo.

San Ireneo: «María ha sido constituida causa de salvación para todo el género humano».¹⁰

San Juan Damasceno: «¡Oh, Soberana mía!, acepta la plegaria de uno de tus siervos. Es verdad que es pecador; pero te ama ardientemente, te mira como a la única esperanza de su alegría, como a la protectora de su vida, como a su Mediadora ante el Señor, como a la prenda segura de su salvación».¹¹

San Pedro Damiano: «No podrá perecer ante el eterno Juez el que se haya asegurado la ayuda de su Madre».¹²

San Anselmo: «Es imposible que se pierda quien se dirige con confianza a María y a quien ella acoge bien».¹³

9. Cf. JUAN XXIII, *epis. Aetate hac nostra* (27-4-1959).

10. SAN IRENEO, *Adversus haer.* 3, 22; M. G., 7, 959.

11. SAN JUAN DAMASCENO, *Serm. in Nativit. B. V. Deiparae* n. 12; M. G. 95, 680.

12. SAN PEDRO DAMIANO, *Opusc.* 33: ML 145, 563.

13. SAN ANSELMO, *Orat.* 52: ML 158, 956.

San Bernardo: «Recorre a María... Te doy garantía segura: Ella será oída por su reverencia. El Hijo oirá a la Madre, de la misma manera que el Padre oye al Hijo. Hijitos, maría es la escala de los pecadores, es mi más grande esperanza, es la razón de toda mi esperanza...». ¹⁴

Raimundo Jordán: «Ella es nuestra Abogada ante el Hijo, como el Hijo lo es ante el Padre. Es la procuradora que nos gestiona nuestros intereses y da valor a nuestras plegarias. Frecuentemente libera con su misericordia a los que merecían ser castigados con la justicia del Hijo. Ella es el tesoro de Dios, y, a la vez, la tesorera de las gracias, que enriquece con abundantísimos dones espirituales a los que la sirven, y, potentísima, les protege contra el mundo, el demonio y la carne. *Nuestra salvación está en sus manos.* Después de su Hijo, Ella es la dueña de toda criatura, y glorificará en el futuro a los siervos que la honran en el presente». ¹⁵

Ludovico Blosio: «Tu, después de tu unigénito Hijo, eres la esperanza segura de los fieles... ¡Salve, oh esperanza oportuna de los desesperados! *No puede perecer quien haya sido constante y humilde devoto de María*—». ¹⁶

San Luis María Grignon de Montfort: «Es una señal infalible de reprobación... el no tener estima y amor a la Santísima Virgen; así como, por el contrario, *es un signo infalible de predesti-*

14. SAN BERNARDO, *Serm. de Nativ.*: ML 183, 442.

15. RAIMUNDO JORDÁN, *Summa aurea* t. 4 col. 852.

16. LUDOVICO BLOSIO, *Parad. an Eudolog. ad Mar I.*

*nación de entregársele y serle devoto entera y verdaderamente».*¹⁷

Basta ya. Podríamos seguir multiplicando los textos, pero no hace falta. Con razón afirma un escritor de nuestros días.¹⁸

«La salvación de los siervos de María ha llegado a ser una de las verdades prácticas que se demuestran por la persuasión misma de los fieles y de la predicación cotidiana de los autores sagrados. En un punto que pertenece al dogma o a la perfección cristiana, Dios no permite el error universal del pueblo cristiano. Ahora bien, son muchos los siglos en los que, desde lo alto de la cátedra cristiana, en las ciudades y en las aldeas, se inculca al pueblo la convicción de que un hijo de María no podrá perecer. Y la jerarquía católica no sólo permite, sino que impulsa esta doctrina; la formula en sus actos emanados de la autoridad suprema. Y así ha nacido una confianza universal que no puede quedar frustrada».

b) *El Magisterio de la Iglesia*. La jerarquía católica, en efecto, con su magisterio ordinario a través de los Sumos Pontífices, de la liturgia y de los obispos esparcidos por todo el mundo, ha bendecido, aplaudido y fomentado de mil diversas formas esta convicción profunda de todo el pueblo cristiano, en el que no es posible el error común o colectivo. Escuchemos, por vía de ejemplo, la voz autorizada de los últimos Sumos Pontífices:

17. SAN LUIS MARÍA G. DE MONTFORT, *Ver dev. n. 40: ed.* BAC p.459.

18. MONSEÑOR MILLOT, *Connaitre, aimer, servir la très Sainte Vierge* (Paris, 1923)., p. 195.

Benedicto XV: «Es muy constante entre los fieles la opinión, comprobada por larga experiencia, de que *no parecerán eternamente los que tengan a la Virgen por Patrona*».¹⁹

Pío XI: «*No puede sucumbir eternamente aquel a quien asistiere la Santísima Virgen*, principalmente en el crítico momento de la muerte. Y esta setencia de los *doctores de la Iglesia*, de acuerdo con el *sentir del pueblo cristiano*, y corroborada por una ininterrumpida experiencia, apóyase muy principalmente en que la Virgen dolorosa participó con Jesucristo en la obra de la redención, y, constituida Madre de los hombres, que le fueron encomendados por el testamento de la divina caridad, los abrazó como a hijos y los defiende con todo amor».²⁰

Pío XII: «Tú eres luz en las dudas, consuelo en las tristezas, alivio en las angustias, refugio en los peligros y tentaciones. Tú eres, después de tu Unigénito, *salvación cierta* ¡Dichosos los que te aman!».²¹

«Nos tenemos por cosa averiguada que, dondequiera que la santísima Madre de Dios es obsequiada con sincera y diligente piedad, *jamás puede fallar allí la esperanza de salvación*».²²

19. BENEDICTO XV, epíst. apost. *Inter sodalicia* (22-5-1918). Cf. *Doc. mar.* n. 556.

20. Pío XI, epíst. apost. *Esplorata res est* (2-2-1923). Cf. *Doc. mar.*, n. 575.

21. Pío XII, S. Penit. Apost. (22-4-1941). Cf. *Doc. mar.*, n. 684.

22. Ibid., epíst. apost. *Sacro vergente anno* (7-7-1952). Cf. *Doc. mar.* n. 843.

«El culto de la Virgen Madre de Dios, como dicen los teólogos, *es señal de predestinación*». ²³

Juan XXIII: «Quien, agitado por las borrascas de este mundo, rehúsa asirse a la mano auxiliadora de María, *pone en peligro su salvación*». ²⁴

Pablo VI: Los hermanos separados, «el día de su integración en la única Iglesia fundada y querida por Cristo», tendrán el gozo, «si es que no lo disfrutaban ya, de redescubrir a María, humilde y altísima, en el punto *esencial* que Dios le asignó en el plan de nuestra salvación». ²⁵

c) *La liturgia católica*. Esta enseñanza del magisterio oficial de la Iglesia se manifiesta también a través de la liturgia. Como es sabido, «la ley de la oración establece la ley de la fe —*lex orandi, statuit lex credenti*—, ya que la Iglesia no puede proponer a la oración universal de los fieles una doctrina errónea o no del todo conforme con la doctrina de la fe. Por eso el argumento litúrgico tiene un gran valor en teología.

Pues bien, en la liturgia se nos inculca claramente la doctrina que venimos exponiendo en torno a la devoción a María como señal de predestinación. Véanse, por ejemplo, los siguientes textos de la Sagrada Escritura, que, aunque en su sentido literal y primero se refieren directamente a Cristo, la Iglesia los aplica también, extensivamente, a María:

23. Ibid., enc *Mediator Dei* (20-11-47): AAS (1947) p. 548.

24. JUAN XXIII, epist. *Aetate hac nostra* (27-4-1959).

25. PABLO VI, hom., en la fiesta de la Purificación (2-2-1965) AAS 57, p. 252.

«Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará la salvación del Señor» (Prov. 8, 35).

«Los que me honran, obtendrán la vida eterna» (Eccl. 24, 31).

Quede pues, sentado que el magisterio de la Iglesia, a través de los Sumos Pontífices y de la liturgia, se hace eco del sentir de la tradición y de todo el pueblo cristiano, que ha visto siempre en la verdadera devoción a María una de las señales más claras y eficaces de eterna predestinación.

Veamos ahora una de las cuestiones más íntimamente relacionadas con la divina predestinación, de la que forma parte intrínseca como acto *elícito* de la misma, la perseverancia final en la gracia, o sea la muerte en gracia y amistad con Dios, que lleva consigo, infaliblemente, la salvación eterna.

4. La devoción a María y la perseverancia final

Como ya hemos dicho más arriba, es de fe, por la expresa definición del concilio de Trento, que, a menos de saberlo por una revelación especial de Dios, nadie puede saber con absoluta e infalible certeza si recibirá o no de Dios el gran don de la perseverancia final en la gracia divina (cf. D 826). Sin embargo, podemos *conjeturarlo* por las llamadas *señales de predestinación*²⁶ y ob-

26. Además de la devoción a María —que es una de las más importantes—, los teólogos reconocen como *señales de predestinación* las siguientes: vivir habitualmente en gracia de Dios, espíritu de oración, verdadera humildad, paciencia

tenerlo infaliblemente por la oración revestida de las debidas condiciones , como explicaremos en seguida.

Ahora bien, la oración dirigida a Dios *a través de María* tiene una eficacia especialísima para obtener lo que pidamos rectamente, como es fácil comprender dada la misión confiada por el mismo Dios a María como Mediadora universal de todas la gracias. Por eso vamos a exponer en una conclusiones altamente tranquilizadoras de qué manera podemos obtener *infaliblemente* de la misericordia divina el don inefable de la perseverancia final, a base de la oración de súplica reforzada por la intercesión de María. He aquí las conclusiones con su correspondiente prueba teológica:

1.^a Con la oración revestida de las debidas condiciones, puede obtenerse infaliblemente de Dios el gran don de la perseverancia final. (Doctrina cierta y común).

Ya hemos explicado más arriba cuáles son las condiciones que ha de revestir la oración para que su eficacia sea *infalible*. En este supuesto, he aquí la prueba teológica de la conclusión²⁷

cristiana en las adversidades, caridad para con el prójimo, amor entrañable a Cristo, obediencia y amor a la Iglesia, etc. Naturalmente, cuantas más se reúnan en un alma, mayor fuerza tienen; y el que las reconociese todas en su espíritu podría tener la esperanza firmísima de que pertenece al número de los predestinados.

27. Cf. nuestra *Teología de la salvación*, n.101.

a) *La Sagrada Escritura.* Nos dice con toda claridad que obtendremos de Dios *todo* cuanto le pidamos en orden a nuestra eterna salvación; y, como es obvio, ninguna otra cosa es más necesaria para conseguirla que la perseverancia final. La promesa divina consta con toda claridad en las sagradas páginas. He aquí algunos textos del todo explícitos e inequívocos:

Pedid, y se os dará; buscad y halláreis, llamad, y se os abrirá. Porque quien pide recibe; quien busca halla y a quien llama se le abre (Mt. 7, 7-8).

Y todo cuanto con fe pidiereis en la oración, lo recibiréis (Mt. 21, 22).

Y lo que pidiereis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo; si me pidiereis alguna cosa en mi nombre, yo lo haré (Jn. 14, 13-14).

Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que quisiereis y se os dará (Jn. 15, 7).

...para que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre os lo dé (Jn. 15, 16).

En verdad, en verdad os digo: Cuanto pidieréis al Padre os lo dará en mi nombre... Pedid y recibiréis, para que sea cumplido vuestro gozo (Jn. 16, 23-24).

Y la confianza que tenemos en Él es que, si le pedimos alguna cosa conforme con su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que nos oye en cuanto le pedimos, sabemos que obtenemos las peticiones que le hemos hecho (1 Jn. 5, 14-15).

Es imposible hablar más claro y con más apremiante insistencia. La promesa divina consta con toda certeza en las fuentes mismas de la revelación.

b) *El magisterio de la Iglesia.* El Concilio II de Orange afirma que «la ayuda de Dios ha de ser implorada siempre, aun por los renacidos y sanados, *para que puedan llegar a buen fin o perseverar en la buena obra*» (D 183). El concilio de Trento, después de decir que nadie puede saber con certeza si recibirá o no el don de la perseverancia final, añade, sin embargo, que «todos deben colocar y poner en el auxilio de Dios la más firme esperanza» (D 806), ya que «Dios no manda cosas imposibles a nadie, sino que, al mandar alguna cosa, nos avisa que hagamos lo que podamos y *pidamos lo que no podamos* y nos ayuda para que podamos» (D 804). Por otra parte, la Iglesia en su liturgia pide continuamente la perseverancia en el bien y la salvación eterna. Y, según San Agustín, en el *Padrenuestro* no pedimos otra cosa que la perseverancia final.²⁸

c) *La razón teológica.* He aquí cómo expone Santo Tomás los argumentos de razón:

«Con la oración podemos impetrar incluso lo que no podemos merecer. Porque Dios escucha a los mismos pecadores cuando le piden perdón, aunque de ningún modo lo merecen, como explica San Agustín comentando aquello del Evangelio (Jn. 9, 31): *Sabemos que Dios no escucha a los pecadores.* De otra suerte hubiera sido inútil la

28. Cf. SAN AGUSTÍN, *De dono perseverantiae* c. 2-5: ML 45.996.999; BAC, *Obras* t. 6 pp. 569-579.

oración del publicano cuando decía: *Compadécete de mí, Señor, que soy un hombre pecador* (Lc. 18, 13). De semejante manera *podemos imitar el don de la perseverancia final para nosotros o para otros, aunque no caiga bajo el mérito*». ²⁹

«Hay también en la Sagrada Escritura muchas oraciones en las cuales se pide a Dios la perseverancia; por ejemplo, en el Salmo: *Asegura mis pasos en tus senderos para que mis pisadas no resbalen* (Sal. 16, 5). Y en la epístola segunda a los Tesalonicenses (2, 16-17): *Dios, nuestro Padre, consuele vuestros corazones y los confirme en toda obra y palabra buena*. Esto mismo se pide en la oración dominical, principalmente cuando se dice: «Venga a nos tu reino», pues no vendrá a nosotros el reino de Dios si no perseverásemos en el bien. Pero sería ridículo pedir a Dios lo que no proviene de El. Luego la perseverancia del hombre procede de Dios». ³⁰

A estos argumentos de Santo Tomás se pueden añadir otros que se apoyan no sólo en la bondad, sino hasta en la justicia misma de Dios. He aquí uno de los más claros y convincentes:

Todo hombre está obligado a asegurar sus salvación por todos los medios a su alcance. Ahora bien: como la perseverancia final —condición indispensable para salvarse— no puede ser merecida por nadie si no tuviéramos a nuestra disposición un medio *seguro e infalible* de conseguirla, sería vano e injusto el precepto divino que nos

29. I-II 114, 9 ad. 1.

30. *Contra gent.* 3, 155.

obliga a salvarnos; porque podría darse el caso de no conseguir esa salvación después de haber hecho de nuestra parte *todo* lo posible para asegurarla, lo cual es absurdo, blasfemo y herético. Tiene que haber, pues, un medio *seguro e infalible* de salvación colocado al alcance de todos los hombres, y ese medio no es otro que la oración de súplica revestida de las debidas condiciones.

Contra esta doctrina, tan profundamente tranquilizadora, pueden, sin embargo, ponerse algunas objeciones aparatosas, la solución de las cuales redondeará la doctrina que acabamos de exponer y la hará más clara y coherente.

Primera objeción. La voluntad de Dios y sus disposiciones eternas son absolutamente inmutables. Si El ha dispuesto concedernos la gracia de la perseverancia final, nos la concederá aunque no se la pidamos; y si no, es inútil que se la pidamos, pues infaliblemente nos quedaremos sin ella, ya que Dios no puede cambiar de voluntad.

Respuesta. Es cierto que Dios no cambia ni puede cambiar de voluntad, porque ese cambio supondría una equivocación o error en la primera determinación divina, lo cual es imposible en Dios. Pero de ahí no se sigue que la oración sea inútil, porque Dios ha determinado desde toda la eternidad conceder algunas cosas *a condición de que se las pidan*, o sea vinculándolas a nuestras oraciones. De donde se sigue que, si pedimos esas cosas, las tendremos ciertamente; pero, si no las pedimos, nos quedaremos sin ellas. No se trata de que Dios mude o cambie su voluntad, sino de que nosotros cumplamos la condición

que El ha señalado para concedernos tales gracias. Escuchemos a Santo Tomás explicando esta doctrina:

«La divina Providencia no sólo dispone las cosas que se han de producir en el mundo, sino también las *causas* y el *orden* en que han de producirse. Ahora bien: entre esas causas figuran los actos humanos. Luego hay que concluir que los hombres tienen que hacer algunas cosas, no para cambiar con ellas las disposiciones divinas, sino para cumplir las condiciones que Dios ha señalado para que se verifiquen aquella cosas. No oramos, pues, para cambiar las divinas disposiciones, sino para impetrar lo que Dios dispuso conceder a las oraciones de los santos.»³¹

La oración no es, pues, una simple *condición*, sino una verdadera *causa segunda* condicional (la causa primera absoluta de todo cuanto existe es el mismo Dios). No se puede cosechar sin haber sembrado; la siembra no es simple condición, sino *causa segunda* de la cosecha.

Segunda objeción. O estoy predestinado o no lo estoy. Si lo estoy, me salvaré infaliblemente haga lo que haga, pues la divina predestinación es infalible o infrutable; y si no lo estoy, haga lo que haga, me condenaré sin remedio. Luego es inútil orar o practicar el bien.

Respuesta. Hay aquí un sofisma muy grande, que se deshace fácilmente con los primeros que acabamos de sentar al resolver la objeción anterior. Es cierto que la predestinación es infrustrable y no puede fallar, pero también lo es que el

31. II-II, 83, 2.

hombre tiene que cooperar a la gracia cumpliendo los planes misericordiosos de Dios, sin cuya cooperación no se realizarían esos planes. El predestinado cooperará de hecho, infaliblemente, a los planes de Dios, ya que está predestinada por Dios esta misma cooperación, que se realizará sin falta; pero esta cooperación es de tal manera necesaria, que sin ella el hombre no se salvaría. Escuchemos a Santo Tomás:

«En la predestinación hay que distinguir dos cosas: la misma preordinación divina y su efecto. En cuanto a lo primero, la predestinación en modo alguno puede ser ayudada por las oraciones de los santos, pues no son éstas las que hacen que alguien sea predestinado por Dios. Pero, en cuanto a lo segundo, se dice que la predestinación es ayudada por las oraciones de los santos y por otras obras buenas; porque la providencia, de la que forma parte la predestinación, no prescinde de las causas segundas, sino que provee a sus efectos en forma tal que incluso el orden de las causas segundas está comprendido en sus planes. Por tanto, así como Dios provee a los efectos naturales de modo que tengan causas también naturales, sin las cuales no se producirán, de la misma manera predestina la salvación de alguien de tal modo que *bajo el orden de la predestinación queda comprendido todo lo que promueve la salvación del hombre, bien sean sus propias oraciones, las de los demás, las otras obras buenas o cualquiera de las cosas sin las cuales no se alcanza la salvación*. Y he aquí por qué los predestinados deben poner empeño en orar y prac-

ticar el bien, pues de esta manera se realiza con certeza el efecto de la predestinación, y por esto dice San Pedro: *Procurad, por vuestras buenas obras, hacer cierta vuestra vocación y elección*». ³²

De modo que la predestinación conseguirá sin falta su objetivo, pero a base de la libre cooperación del hombre; de tal manera que *no se conseguiría* sin esta cooperación, que, sin embargo, se realizará de hecho *infaliblemente* por estar también predestinada. ³³ Por eso es una gran señal de predestinación el vivir habitualmente en gracia de Dios y esforzarse en cumplir sus mandamientos, pues con ello aparece claro que *vamos cumpliendo los planes de Dios* en orden a nuestra eterna salvación, que llegará de hecho a su debido tiempo, o sea cuando hayamos cumplido por nuestra parte la última condición prevista y ordenada por Dios.

Y con esto queda deshecho el sofisma del lla-

32. I 23, 8.

33. Sabido es que, como enseña la más elemental filosofía, lo *infalible* es perfectamente compatible con lo *libre*, aunque lo libre sea incompatible con lo *necesario*. No es lo mismo *necesario* que *infalible*. Necesario es lo que de *hecho* y de *derecho* es así y no puede ser de otra manera (v. gr., $2 + 2 = 4$). Infalible, en cambio, es aquello que de *hecho* es así, pero en absoluto o de *derecho* podría ser de otra manera. Por ejemplo: el pecador que comete un pecado permanece *infaliblemente* en él *mientras no se arrepienta*; pero nadie le impide arrepentirse y salir de él por el perdón de Dios. Su permanencia en el pecado no es, pues, una cosa *necesaria* (puede y debe arrepentirse con la gracia de Dios), pero sí *infalible* mientras no quiera arrepentirse. He aquí juntos lo *infalible* y lo *libre*, aunque sea imposible juntar lo *necesario* con lo *libre*.

mado *determinismo teológico* de los fatalistas árabes y algunos protestantes. Aquello de que «lo que Dios sabe que ocurrirá, ocurrirá sin falta», es una verdad muy grande; pero de esto no se sigue que el hombre no pueda o no deba hacer nada para salvarse, sino que es necesario que coopere a la acción de Dios para llegar *los dos juntos* (Dios y el hombre) al resultado previsto por Dios.

Con este sofisma del determinismo teológico quiso engañar el demonio a un monje que hacía mucha penitencia, según se lee en las *Vidas de los Padres del desierto*. Presentándose un día el tentador, arguyó al monje del siguiente modo: «O estás predestinado o no lo estás. Si lo estás, ¿para qué hacer penitencia, pues de todas formas te has de salvar? Y si no lo estás, ¿por qué te molestas en hacerla, pues de todas formas te has de condenar? Luego déjate de penitencias y entrégate a toda clase de placeres, sin miedo a cambiar por ellos los planes que Dios tenga sobre ti». A lo que contestó el monje agudamente, retorciéndole el argumento en la siguiente forma: «O estoy predestinado o no lo estoy; dices bien. Si lo estoy, ¿por qué me tientas, si de todas formas me he de salvar? Y si no lo estoy, ¿por qué te molestas en tentarme, si de todas formas iré contigo al infierno? Luego vete de aquí y déjame en paz con mis penitencias».

No sabemos si el anterior relato es o no histórico, pero es indudable que echa completamente por tierra el argumento de los fatalistas. Dios, *en el orden de la intención*, nos ha predestinado

por un decreto enteramente gratuito y misericordioso, ya que la predestinación —al menos tomada *adecuadamente*, o sea incluyendo todo el proceso de la gracia y la gloria— es completamente gratuita, como reconocen todas las escuelas teológicas y se desprende de los datos de la fe (cf. Mt. 25, 34; Rom. 8, 29-30; 9, 11-13; Ef. 1, 3-5, etc.); pero *en el orden de la ejecución* exige y reclama nuestra cooperación para llevar a cabo aquel plan enteramente gratuito de su intención eterna. Sin esta cooperación del hombre, aquel plan no se realizaría de hecho; aunque esta cooperación no faltará en los predestinados, que la prestarán libre, pero infaliblemente, en el sentido que acabamos de explicar. Por eso no hay otra señal más clara de predestinación como el vivir habitualmente en gracia de Dios, trabajando con temor y temblor en nuestra propia salvación. Como no la hay tan clara de futura reprobación como el vivir habitualmente en pecado, sin preocuparse de salir de él; sobre todo si esta actitud se ha tomado precisamente por el absurdo pretesto de que «lo que Dios sabe que ocurrirá, ocurrirá sin falta».

Hasta aquí la prueba de la primera conclusión a base de la eficacia infalible de la oración. Veamos ahora de qué manera esta eficacia llega a su colmo cuando hacemos intervenir en ella la intercesión de María.

2.^a Es moralmente imposible que deje de obtener de Dios el gran don de la perseverancia final quien se lo pida ferviente y diariamente por intercesión de María.

Después de lo que acabamos de decir en la conclusión anterior, esta otra se cae de su propio peso y apenas necesita demostración alguna. Porque a la eficacia —de suyo ya infalible— de la oración, se añade, por si algo faltara, la intercesión efficacísima de María como Mediadora universal de todas las gracias y como «Omnipotencia suplicante», que obtiene cuanto quiere de Dios. Por lo que, si algún reparo se pudiera poner a esta segunda conclusión, sería únicamente el haberla formulado con excesiva timidez, ya que las palabras «es moralmente imposible que deje de obtener» podrían sustituirse con toda exactitud y verdad por estas otras: «obtendrá infaliblemente».

Queremos ahora llamar la atención del lector sobre la eficacia incomparable del rezo piadoso y diario del *santo rosario* en orden a obtener de Dios, por intercesión de María, el gran don de la perseverancia final, que corona todos los demás dones de Dios y sin el cual para nada nos aprovecharían todos los demás. Es tan importante este punto, que vamos a examinarlo en forma de una nueva conclusión, que, en realidad, es la misma que acabamos de estudiar, formulada de otra manera del todo equivalente. Hela aquí:

3.^a Es moralmente imposible que deje de obtener de Dios, por intercesión de María, el gran don de la perseverancia final todo aquel que rece diaria y piadosamente el santo rosario con esta finalidad.

La prueba de esta conclusión está ya dada en las dos conclusiones anteriores, de las que no es más que un simple corolario o consecuencia necesaria. El rosario mariano, en efecto, recitado *diaria y piadosamente* —como exige la conclusión—, reúne en grado superlativo *todas* las condiciones para la eficacia infalible de la oración, añadiendo, por si algo faltara, la intercesión omnipotente de María. La consecuencia se desprende por sí misma.

He aquí de qué manera el rezo del santo rosario cumple en absoluto *todos* las condiciones para la eficacia infalible de la oración que hemos señalado más arriba:

1.^a *Se pide algo para sí mismo*: la propia perseverancia final o muerte en gracia de Dios.

2.^a *Algo necesario o conveniente para la salvación*: sin la perseverancia final es absolutamente imposible salvarse.

3.^a *Piadosamente*, es decir, *con fe* (¡nos dirigimos a Dios, nuestro *Padre*, y a María, nuestra *Madre*!), *con humildad* («perdónanos nuestras deudas..., ruega por nosotros, pecadores...»), *en nombre de nuestro Señor Jesucristo* (cuya oración —el Padrenuestro— recitamos al frente de cada uno de los misterios) y *por intercesión de María* (a la que va dedicado el rosario entero).

4.^a *Con perseverancia*: ¡Cincuenta veces diarias pidiendo a María que ruegue por nosotros *en la hora de nuestra muerte*! ¿Puede pedirse mayor insistencia y perseverancia en la oración pública? Y si tenemos la dicha de rezar diariamente los quince misterios del rosario, ¡ciento cincuenta peticiones diarias! ¿Puede concebirse acaso que María deje de asistir efectiva y eficazmente a la hora de la muerte a quien se lo pidió durante toda su vida cincuenta o ciento cincuenta veces cada día? La imposibilidad *moral* se hace tan grande que casi puede hablarse de imposibilidad *prácticamente metafísica*.

Como se ve, afirmar que el rezo *piadoso* y *diario* del santo rosario es una señal grandísima de predestinación y una especie de «seguro infalible de salvación» no es una afirmación gratuita e irresponsable, sino una conclusión *rigurosamente teológica*, que resiste el examen de la crítica más severa.

Nada tiene, pues, de extraño que el inmortal pontífice Pío XI finalizase una oración en honor de la Virgen del Rosario con estas hermosísimas palabras:³⁴

«¡Oh corona del rosario de mi Madre!, te aprieto contra mi pecho y te beso con veneración. Tú eres el camino para alcanzar toda virtud, el tesoro de los merecimientos para el paraíso, la *prenda de mi predestinación*, la cadena fuerte que tiene a raya al enemigo, fuente de paz para quien honra en vida, auspicio de victoria para quien

34. Pío XI, breve apost. de 20 de julio de 1925. Cf. *Doc. mar.* n. 594.

te besa en la muerte. En aquella hora extrema, te aguardo, ¡oh Madre!; tu aparición será la señal de mi salvación, tu rosario me abrirá las puertas del cielo».

Entonces, ¿basta con rezar diariamente el rosario para poder pecar tranquilamente, dando por seguro que, a pesar de todo, obtendremos de Dios infaliblemente el don supremo de morir en gracia de Dios? Quien tal cuenta se echara, daría bien a entender que no había comprendido nada de cuanto acabamos de decir: El rosario es, ciertamente, una señal grandísima de predestinación para todo aquel que lo rece *diaria y piadosamente* —como dice nuestra conclusión—, o sea con intención de vivir en gracia de Dios y cumplir sus mandamientos, para lo que ayudará eficazmente el rezo mismo del rosario. Lo contrario equivaldría a reírse de Dios, o sea a rezar' el rosario *impía y perversamente*. La Sagrada Escritura nos advierte por boca de San Pablo que «de Dios nadie se ríe» (Gál. 6, 7), y el que rezase el rosario con la perversa intención de asegurarse su salvación sin dejar de pecar, demostraría querer burlarse de Dios y llevaría consigo una de las más claras e inequívocas señales de eterna reprobación. La medicina saludable se convertiría para él en veneno mortal.

Además del rezo piadoso del santo rosario, existen otras devociones marianas relacionadas íntimamente con el problema formidable de nuestra salvación eterna. Las principales son la comunión reparadora de los *cinco primeros sábados de mes* —a los que la Santísima Virgen de

Fátima ha vinculado una promesa parecida a la de los nueve primeros viernes en honor del Sagrado Corazón de Jesús³⁵— y la de llevar piadosamente y con buena conciencia el santo *escapulario del Carmen*, tan venerable por su antigüedad y la piadosa tradición de haber recaído sobre él una promesa mariana de salvación. La experiencia ha mostrado también ser muy eficaz—sobre todo para la conversión de los pecadores— la llamada *Medalla Milagrosa*, que inspiró la misma Santísima Virgen a Santa Catalina Labouré, humilde hija de la Caridad.

35. He aquí las palabras de la Virgen a Lucía, la afortunada vidente de Fátima, el día 10 de diciembre de 1925: «Mira, hija mía, mi corazón todo punzado de espinas, que los hombres en todo momento le clavan con sus blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos, procura consolarle, y haz saber que *yo prometo asistir a la hora de la muerte, con las gracias necesarias para la salvación eterna*, a todos aquellos que en los primeros sábados de cinco meses consecutivos se confiesen, reciban la sagrada comunión, recen la tercera parte del rosario y me hagan compañía durante un cuarto de hora meditando en los quince misterios del rosario con intención de darme reparación (del *Manual oficial del peregrino de Fátima*, editado por orden del obispo de Leiria, 13 de mayo de 1939). La Iglesia, como se sabe, ha bendecido esta excelente devoción mariana.

INDICE

LA DEVOCION A MARIA

Introducción	3
--------------------	---

CAPÍTULO I

<i>La devoción en general</i>	5
1. Naturaleza	5
2. Relaciones con la perfección cristiana ...	8
3. Medios principales para adquirir, conservar y desarrollar la devoción	10

CAPÍTULO II

<i>Naturaleza de la devoción a María</i>	14
1. El culto debido a la Virgen María	14
2. Principios fundamentales de la verdadera devoción a María	17
1.º Jesucristo, fin último	19
2.º Elementos constitutivos	26
a) Veneración	26
b) Amor	28
c) Gratitude	30
d) Invocación	33
e) Imitación	37
3.º Características fundamentales	42
a) Interior	42
b) Tierna	42
c) Santa	41
d) Constante	41
e) Desinteresada	42
3. La falsa devoción a María	43

CAPÍTULO III

<i>Necesidad de la devoción a María</i>	45
1. Necesidad para la salvación	45
2. Necesidad para la santificación	55

CAPÍTULO IV

<i>La perfecta consagración a María</i>	61
1. Excelencia de la perfecta consagración ...	61
2. ¿Esclavitud mariana o piedad filial?	64
3. Finalidad de la perfecta consagración a María	68
4. En qué consiste la perfecta consagración a María	69
1.º La entrega total a María	70
2.º La verdadera vida mariana	74
a) Con María	75
b) En María	76
c) Por María	76
d) Para María	77
5. Motivos para consagrarse a María	78

CAPÍTULO V

<i>La devoción a María, la predestinación y la perseverancia final</i>	91
1. La divina predestinación	91
2. La perseverancia final	93
3. La devoción a María, gran señal de predestinación	96
4. La devoción a María y la perseverancia final	102